

## Mi país también soy yo

(Rev APSAN 2021,1(2): 7-9)



Patricio Fernández

Estuve tendido en un diván, cuarenta y cinco minutos al día, tres veces por semana, durante nueve años; los mismos nueve años que duró mi matrimonio. Me divorcié de mi esposa y de mi psicoanalista al mismo tiempo. Mientras tanto, creaba una revista -casi digo "criaba"- y nacieron mis hijos. La mayor ya tiene veinte y el menor dieciocho.

Estas tres historias paralelas comenzaron cuando cumplí los treinta. La década anterior, leí y viajé solo. La anterior a ésta, me dediqué a rezar. Fui un adolescente y un joven ensimismado que ambicionaba conocerlo todo.

Recuerdo mis jornadas en el diván como la lucha contra un muro infranqueable, aunque desprotegido. Ni siquiera era alto; medía apenas un metro más que yo. Lo trepé muchísimas veces sin nunca entender con claridad lo que había al otro lado, aunque intuía que se trataba de mí mismo. Estaba convencido de que debía saltar ese muro, pero una fuerza extraña me paralizaba.

Por el mundo de los otros me movía como un baqueano, cualquiera fuera la geografía. Fantaseaba con que trasladado instantáneamente a cualquier rincón del planeta, sin tardanza me convertiría en uno de sus paisanos. Investigaba los secretos de los otros hasta conseguir pensar por ellos, ojalá mejor que ellos. Durante un tiempo pretendí ser el analista de mi analista.

“

*Pasé años convencido de que cuando atravesara ese muro terminaría mi psicoanálisis. Pero no sucedió nunca. Tampoco conseguí ser pareja más que individuo ni más padre de mis propios que de mis propios pensamientos. Aprendí a respetar, eso sí, la cabeza de los demás como a la mía misma. Cada una como un universo de experiencias y particularidades que no invitaban al juicio, sino a la curiosidad.*

Pasé años convencido de que cuando atravesara ese muro terminaría mi psicoanálisis. Pero no sucedió nunca. Tampoco conseguí ser pareja más que individuo ni más padre de mis propios que de mis propios pensamientos. Aprendí a respetar, eso sí, la cabeza de los demás como a la mía misma. Cada una como un universo de experiencias y particularidades que no invitaban al juicio, sino a la curiosidad.

Por esos días me hice amigo de Nicanor Parra. Él hablaba de las variables ocultas, de la poesía dramática y, aunque jamás lo dijo así, de que la verdad la teníamos todos o no la tenía nadie. También buscaba su YO en las voces de alrededor. “Yo soy otro”, repetía como si fuera Arthur Rimbaud.

Terminé el análisis sin nunca traspasar ese muro, que finalmente desapareció. Entonces comprendí que yo era lo que narraba. García Márquez había dado en el blanco con el título de sus memorias: Vivir para Contarlo. El contador de historias era ese yo que no encontraba.

El fin de mi matrimonio coincidió con la explosión del movimiento estudiantil y escribí un libro de diarios que bauticé como La Calle me Distrajo. “A un cierto punto -decía en su primera página- caí en la cuenta de que su narrador no era un informante ausente. El afuera lo reflejaba”. Un párrafo más adelante, concluía: “Ese río llamado Chile, también soy yo”.

Ahora formo parte de la Convención Constituyente. Somos 155 ciudadanxs, provenientes de distintos rincones físicos y mentales, generaciones -la menor tiene veintiuno y el mayor ochenta y dos- aunque el 40% aún no cumple los cuarenta; distintas culturas, géneros y todo tipo de experiencias. Son muy pocos los que se conocen entre sí. Dos tercios de sus miembros no milita en ningún partido político.

La mayoría no ha participado antes de una deliberación pública. Hay rabias, hay miedos, hay deseos, desconfianzas y esperanzas.

A veces pienso que mi tarea ahí será despertar el interés de unos por otros. Eso hace el contador de historias y en eso consiste, finalmente, la democracia. ¿No es acaso el régimen de gobierno para el que ninguna voz sobra y el modo en que una comunidad nos reconoce a todos parte de su cabeza?

De pronto, lo que permanecía oculto se dejó ver. Ahora falta procesarlo e incorporarlo. No sucederá de manera instantánea. Cuesta asumir que el prójimo también es uno mismo. Más aún, después de tanto tiempo ensimismados.